MI DOLOR

Durante los últimos tres meses, he tenido problemas para dormir. Mientras duermo, grito, lloro, me golpeo, me muerdo y grito que quiero morir. Mi doctor me mandó con un especialista en sueño, quien no pudo ayudarme y pensó que lo mejor era que consultara a un neurólogo y a un psiquiatra.

Pensé que el problema era que mi cuerpo finalmente había cedido al abuso que le había hecho pasar cincuenta años de viajes sin parar entre zonas horarias y trabajo 24/7. Así que decidí ir a un ashram en India que visito periódicamente, para meditar, hacer yoga, descansar y recuperar el aliento.

No funcionó. Seguí gritando, llorando y rogándole a Dios que me llevara porque quería morir.

Dos terapeutas energéticos que casualmente visitaban el ashram me dijeron que pensaban que estaba reviviendo el trauma de la Segunda Guerra Mundial, que mi cuerpo había absorbido en sus células: el dolor y el miedo que, a lo largo de mi vida después del Holocausto, había intentado suprimir trabajando 24/7. Ahora que he dejado de viajar por mi edad, los recuerdos están saliendo a la superficie. Un sanador de Rusia vino a ayudar, confirmó esta hipótesis y comenzamos a analizar mis pesadillas.

¿Por qué gritaba, *"Quiero morir, quiero morir"*? No tenía razón. Tengo un matrimonio maravilloso, hijos geniales, nietos, clientes agradecidos y asociados dedicados. No tengo ninguna razón para querer morir. Lloraba porque quería morir porque quería morir junto con las personas que más amaba: mis abuelos, Gentil y Mushon Kalderon; mis primos, que tenían mi edad en ese entonces, cinco y seis años; mis tíos; toda mi familia.

Fui a Treblinka, el campo de exterminio, para aprender cómo murieron. Los bajaron del tren — toda la comunidad judía de Macedonia: ancianos, mujeres, niños, bebés. Desde el tren, los llevaron a un edificio con ventanas y puertas cerradas, y se bombeó el escape de los vagones hasta que se desmayaron. Luego los apilaron unos sobre otros como troncos preparados para el fuego. Les echaron gasolina encima, encendieron un fuego y ardieron vivos durante días hasta que todos murieron.

Gritaba mientras dormía porque, de alguna manera, podía escuchar, sentir y sentir sus gritos mientras ardían vivos, y quería morir con ellos.

¿Qué hacer?

La gente muere dos veces. La primera vez es física. La segunda vez es cuando nadie los recuerda ya. Ahora es mi papel asegurarme de que su memoria siga viva, para que no mueran una segunda vez.

He decidido que no moriré. Viviré mientras se me permita vivir, para recordarle al mundo las atrocidades de los nazis y para luchar, en la medida de lo posible, contra cualquier atrocidad, contra matar personas solo porque son judíos.

He escuchado de personas que niegan que el Holocausto haya ocurrido, pero conozco a muchas personas que piensan que Israel no debería existir. Quizá estamos al borde de otro Holocausto, y ahora mi familia será la próxima en perecer. Mi papel es recordarle al mundo el Holocausto y difundir la palabra de que Israel merece existir — que el pueblo judío necesita un país en el que pueda sentirse seguro después de dos mil años de persecución, la Inquisición y el Holocausto.

Israel está luchando por sobrevivir y si la única forma de luchar es con el arsenal nuclear que tiene, enfrentaremos otro desastre: todo el mundo se volverá en contra del pueblo judío, que enfrentará una nueva amenaza a su existencia.

Solo pensando,
Ichak Adizes